

historia, contra la pálida y divisoria noción de cultura, contra las barreras que construyen el hombre y la naturaleza para separar al hombre del hombre, su manera íntima de pelear contra la desnaturalizada soledad". Reflexiones, mientras su nieta Altagracia sale al encuentro de su novio, Romeo Burgos.

Después de éste primer capítulo vienen 24. Son breves historias que se leen con facilidad, porque la prosa avanza rápida. Es una narrativa que cuenta, con gracia y crueldad, momentos, encuentros, a veces tan reales que no se creen inventados; otros son pura caricatura y se enlazan con armonía unos con otros aunque no parece, pero se siente. Cada capítulo es un círculo que se inicia con una cita extraída de alguna de las múltiples obras de William Shakespeare, y al final, en el capítulo 26, volvemos a Altagracia Arismendi, a quien ya hemos retornado en ocasiones, para no perder el hilo conductor y el ritmo. Ahora es la abuela pintora quien está en el jardín, y piensa desde su serenidad, después de haber vivido, escrito y pintado historias de seres que sólo llegan hasta las puertas del amor, "sólo a las puertas porque entonces aparecen los fantasmas, la negación quemante, las lágrimas salidas del temor y del deseo engañado y toda esa iridiscente contradicción entre lo que se desea y lo que se desea desear".

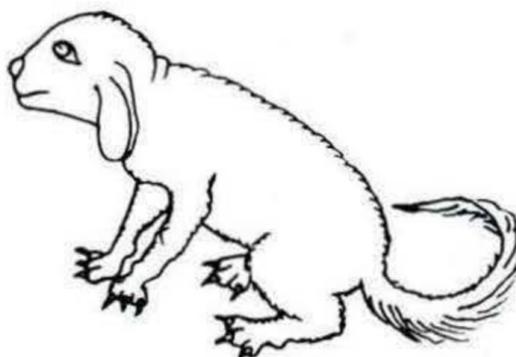
Esta novela, si se puede llamar novela, pregunta que sólo interesa a la preceptiva, interroga sobre el amor: ¿será el amor así?, se pregunta el narrador en el capítulo segundo, abre bocas a la sensualidad. Altagracia y Romeo se bañan en el río Pance, que es la presencia del agua. Los protagonistas del texto son Altagracia y Romeo, o él y ella, siempre cambiantes. Altagracia es la mujer, psíquica, interior, voluntariosa, incomprendible, seductora, vengativa, apasionada, deseosa, siempre lo está buscando y siempre se entrega. Él es el varón racional, hacia afuera y conquistador, ser perfecto, galán, intelectual y hábil con la palabra. Él y ella siempre quedan encadenados a la tragedia del amor, donde el amor se halla confundido con la pasión y el deseo del

acto sexual. Además están presentes la palabra, la escritura, los caminos de la ciencia, el dejar de ser vírgenes, los ideales o amores platónicos, el desear lo ajeno, jugar el juego o poseer lo que no se tiene, en fin, el contenido de este texto son encuentros entre él y ella, entre Altagracia y Romeo, donde ocurren múltiples posibilidades de encuentros llenos de risa y tragedia, de dolor y pasión, de farsa y neblina del deseo.

El espacio de las historias, aunque vago, es urbano; aparecen referencias a Cali, a un tiempo presente, pero son él y ella, mujer y varón, los que importan en la relación; él y ella con sus temores y sueños, y con lo aprendido que tiene que representarse, el tira y el afloje donde el lector/lectora se hace cómplice. No hay dificultad en la lectura; las imágenes son construidas cuidadosamente y están tocadas o de humor o de sensualidad. Se encuentran tropezones con los tiempos; la mayoría de los capítulos son narrados por una tercera persona; a veces, aparece como voz narradora la segunda, y a veces hay una primera voz, la de Altagracia, sí, pero entra a participar y, porque es repentina y esporádica en el capítulo, ocasiona disturbios en el orden y acercamiento o comprensión de toda la unidad, pues, si bien la forman historias cada una completa, hay una unidad total que sufre por causa del manejo de las voces que narran.

Estos textos son las reflexiones de Parra Sandoval sobre el teatro de la vida, que tanto gustó a Shakespeare, donde está el amor confundido y está él. "Un inmenso retrato de Shakespeare preside en la pared izquierda y las observa divertido".

DORA CECILIA RAMÍREZ



Fernando desnudo (o Lecturas para acompañar el ego)

Lecturas para acompañar el amor

Fernando Soto Aparicio

Tercer Mundo Editores, Bogotá, 1989,
98 págs.

Jazmín desnuda

Fernando Soto Aparicio

Plaza y Janés, Bogotá, 1989, 292 págs.

En mis manos tengo dos libros del superprolífico escritor colombiano Fernando Soto Aparicio. Uno de ellos, *Lecturas para acompañar el amor*, es una recopilación sin mucho ton ni mucho son, de una serie de memorias y de comentarios al viento. El otro, *Jazmín desnuda*, es una novela supuestamente erótica, llena de elementos grotescos y rayana con la pornografía de librillos de un centavo.

Considero que es una labor más bien inútil tratar de encontrar puntos en los que estos dos libros se encuentren. Tal vez la desesperación que producen en el lector (aunque por distintas causas) sería la única manera de compararlos. Como supongo que, aunque se trata de dos libros inútiles, esta reseña debería serle útil a alguien, me abstengo de proceder a hacer la susodicha comparación y me inclino a considerarlos por separado.

Lecturas para acompañar el amor, como ya lo había dicho, es una especie de colección de pequeñas memorias del autor, en las que, supongo que por una confusión de términos entre recuerdos personales y alabanza a sí mismo, predomina la autocita inveterada y gratuita. En "Postal de invierno", "Confesión de fe", "La destinataria", "La música del alma"; "La primera maestra", "La muerte del agua", "El amor y el olvido", "Preguntas y respuestas" y "Simplemente mujer", es decir, el 70% de los escritos, encontramos por lo menos un párrafo en el que Fernando Soto cita a Fernando Soto. El exceso es tal, que hasta el epígrafe del libro es parte de un poema (sic) del mismo autor. No es que yo tenga algo en



Conversión de San Pablo



Martirio de San Lorenzo



Escudo Franciscano



Escudo Franciscano



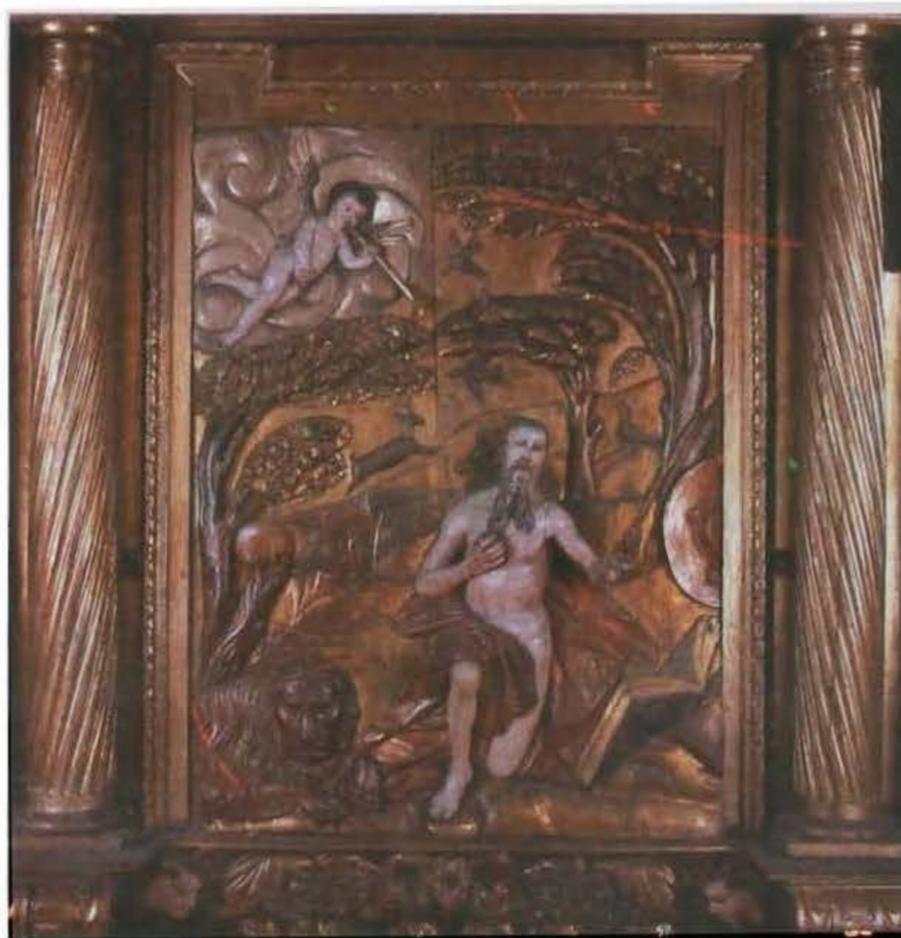
Magdalena en el desierto



Santa Agueda

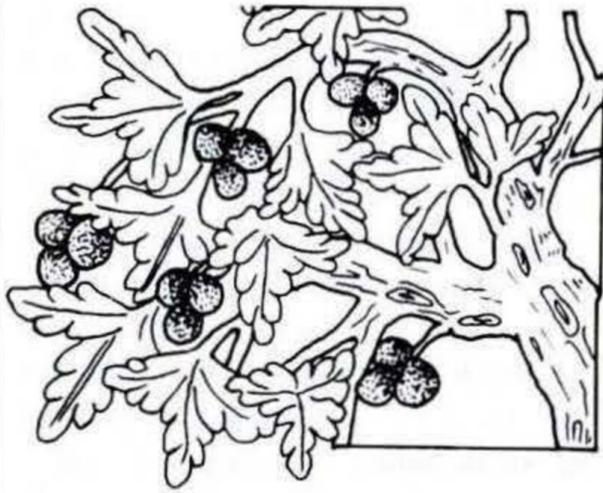


Santa Margarita



San Jerónimo

particular contra la autocita pero, cuando ésta se torna absolutamente egocéntrica, no puedo dejar de pensar que quien lo hace abusa de la paciencia del lector y carece de recursos y cultura literaria. Si nos guiamos por este libro, todo parecería indicar que Soto Aparicio se ha pasado la vida entera dedicado exclusivamente a leer y releer sus propios libros.



El motivo central de esta recopilación es la reminiscencia. No el recuerdo o la memoria edificante, mas sí el plañidero regreso a un pasado donde todo fue mejor. El libro se encuentra inundado de frases como "dichosos los niños de antes porque les tocó el sí" (pág. 44) aplicadas a cualquier tema: el amor de antaño, la patria de antaño, la mujer de antaño, la paz de antaño y así sucesivamente. Toda esta alabanza al pasado, toda esta manera simplona e ingenua de tratar los temas, está reforzada por discursillos entusiastas y cursis que bien podrían ser repetidos en el acto cívico de la escuela de un pueblo de antaño: "Paz es un sabor a trigo, a leche y miel, a rosas, a durazno. Pero por encima de todo, paz, paz, es un sabor a Colombia" (pág. 34). No hay momento en que el autor le de un respiro al lector, no hay un alto en el discurso para que el lector reflexione o intente sacar sus propias conclusiones. En *Lecturas...* todo está dado y gira en torno al lugar común (los campesinos lindos, la mujer misterio, la patria amada), la reminiscencia decadente que envuelve al pasado en una aureola de santidad paradisiaca, y el pomposo ego de Fernando, quien se autoafirma como el Gurú de la literatura colombiana: "Mi poema [. . .] lo han leído, declamado, escenificado, y ya pertenece al

patrimonio de los colombianos" (pág. 75). Si utilizáramos este tipo de lecturas para acompañar el amor, creo que nos moriríamos de tedio antes de llegar al primer encuentro.

En cuanto a *Jazmín desnuda*, tampoco creo que sea una lectura apropiada para acompañar el amor. El intento de Soto por construir una novela erótica es absolutamente fallido. Escribir sobre el amor y una de sus manifestaciones, el sexo, no es unir elementos escandalosos y morbosos, y tratar de tejer un argumento en el que la estética faltó en la lista de invitados. En *Jazmín desnuda* hay de todo como en botica pero, obviamente, falta el toque de gracia. Desarrollada tras las bambalinas de un escenario telenovelesco (y bien telenovelesco, ya que los personajes son actores, actrices, guionistas, productores y realizadores de telenovelas), se nos ofrece un *chop suey* con base en ingredientes podridos: violaciones, suicidios, crímenes pasionales, homosexualismo, escotofilia, sadomasoquismo, orgías y chantaje, para sólo mencionar unos pocos, todo esto descrito en un lenguaje soez y prosaico que deja al lector con la sensación de encontrarse leyendo un pasquín amarillo oscuro:

Me desnudé... Me empujó sobre la cama... No sé, nunca me sentí tan desnuda, no era mi piel, eran mis tripas, la sanguinolenta masa interior del cuerpo, esta fétida carroña que llevamos por dentro. Y ahí estaba él, encima y adentro de mí... No terminaba, me hizo ponerme de rodillas, otra vez de espaldas, otra vez de frente y acabó echándome su porquería... [pág. 65].

Como si esto no fuera suficiente para producirnos una indigestión, Soto Aparicio maneja los recursos literarios como si estuviera tratando con un lector tarado. Dentro del libro todos los diálogos son artificiales y acartonados. Suceden cosas como que dos personas se encuentran y, por una casualidad del destino, mencionan una telenovela que, por lo buena, se supone que todos han visto. Es esta oportunidad, sin

embargo, la que el autor aprovecha para poner a uno de estos personajes a contarle al otro la telenovela con lujo de detalles!: "¿Y qué me dices de Graciela de Alberti, la de *Limonas de sangre*?... La recuerdo perfectamente, dijo Camila y cerró los ojos" (pág. 136), y ahí comienza el recuento de la telenovela, punto por punto. De paso quiero anotar que los argumentos de estas supuestas telenovelas no dejan de ser horripilantes y mórbidos: monjes que violan niñas, niñas que asesinan a sus padres, padres sádicos que degüellan homosexuales, homosexuales que sodomizan perros y un sinfín de alucinaciones que sólo pueden proceder de una mente acalorada. Sin embargo, la cosa no para ahí. Para sazonar este esperpento, Soto Aparicio nos regala más discursillos veintejuleros en los que él parece ser experto. En este caso es *Inravisión* la que se convierte en el blanco de sus desafortunados dardos (ver diatriba página 54 a página 57). No es que yo tenga ningún interés en que *Inravisión* no sea criticada, pero la pobreza de los recursos que para ello utiliza Fernando Soto hace que uno hasta termine tomando partido por tan difamado instituo. El autor habla de una manera tan obvia y tan reiterativa a través de todos sus personajes, que uno no puede evitar sonreír maliciosamente y exclamar: "Ahí vas otra vez, Fernando". Aunque hay varios personajes en la novela, parece que todo el tiempo se tratara del mismo chabacano hablando de las mismas cosas:

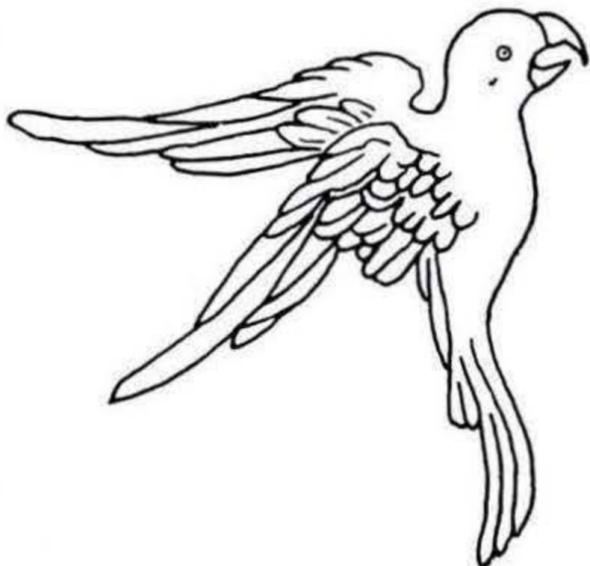
*Cada licitación es más complicada que las anteriores (dice Claudia Pontón)... Complejas e inútiles (dice Gabriel)... (Es un engaño) que *Inravisión* tolera (comenta Carlota)... [pág. 237].*

El intento de crear diálogos reales se convierte en un monólogo interpretado a varias voces por distintos idiotas útiles.

Los entremeses de esta malsana comida, trasnochada y que se nos ofrece con la intención de intoxicarnos, son las descripciones minuciosas de las vestimentas de los personajes, en las que el lugar común es elevado a

extremos de paroxismo: "...(Ella estaba vestida con)... pantis marfil, talla small... marca Chanel, minifalda de blue jean marca Babboo, azul fuerte; blusa azul, desteñida, Lady Manhattan... zapatos Rebook [sic], azules y blancos" (pág. 233) y los coches en que desplazan los personajes, amén de un recorrido por todos los moteles, discotecas y restaurantes de Bogotá, a los que el autor siempre se refiere con nombre propio. La salsa en que estos entremeses se remojan, es darle a cada capítulo el título de una canción popular: Fresa salvaje, Los días del arco iris, Corazón de melón, Amada amante, etc., etc., etc., lo cual en sí no es una mala idea pero, en el contexto de esta malograda novela erótica, no hace más que contribuir a exasperar al lector sin agregarle ningún sabor a lo que se le sirve. Lo contrario ocurre con los personajes y títulos de las telenovelas que Soto nos cuenta en su libro, los cuales equivalen a poner cominos a un *mousse* de guanábana de por sí vinagre: El Monasterio de Satanás, Siete minutos de muerte, Los muertos juegan al amor, Se busca una virgen loca, Los violadores, Divadiosa dorado, Luna Aurora Román, La pechosdeoro, Camaloca y otros que ni siquiera voy a mencionar para ahorrar un poquito de espacio.

Ambos libros de Soto Aparicio caen en un exceso de palabras que abruman al lector, dejándolo estupefacto ante la inutilidad del gasto de papel (y de árboles) que esto implica. *Lecturas* es bobalicón y soso; *Jazmín* desborda elementos perversos y exagerados, tratados de tal manera que sólo pueden ser chocantes.



Recuerdo que alguna vez D. H. Lawrence dijo que un autor, para demostrar que lo era, debía escribir bastantes libros. Sin embargo, no creo que esto deba ser tomado al pie de la letra, como parece que lo han hecho algunos autores colombianos. Creo que, cuando Lawrence dijo esto, hablaba de bastantes en el sentido de suficientes, y que en este caso estaba pensando también en la buena calidad. Como dice un adagio budista, un hombre sabio es aquel que sabe que suficiente es suficiente. Un hombre ciego, digo yo, es aquel que "no hace literatura sino mecanografía".

MIRIAM COTES BENÍTEZ

El bolerazo del general

El general en su laberinto

Gabriel García Márquez

Editorial Oveja Negra, Bogotá, 1989,
286 págs.

En las "Gratitudes" de *El general en su laberinto* (véanse págs. 269-272), García Márquez declara su admiración por *El último rostro*, ese fragmento (¿novela inconclusa a propósito, relato largo, páginas suprimidas de Napierski?) de Álvaro Mutis¹. Es más: García Márquez imagina como algo "completo" lo que tan sólo es (según don Álvaro) un fragmento. El novelista de Aracataca decide, pues, darle *otra* vida literaria, no sin antes pedirle permiso a Mutis.

Una manera de leer *El general en su laberinto* es precisamente como un desafío personal y una respuesta ficcional (en el buen sentido de ambos términos) a *El último rostro*. No le falta razón al autor de *Cien años de soledad* cuando lo califica de "maduro" y dueño de "estilo y tono depurados". De ahí la conjetura de por qué no quiso meterse en una narración del corte de la de Mutis; densa y al mismo tiempo estilizada desde la perspectiva del diario del militar europeo. El texto de Mutis es más poema que otra cosa y desde ese punto de

vista resultaba insuperable ("...aspirando el sahumero de vivencias antiguas que le desgarraban el alma" -pág. 113). Al agradecerse, García Márquez sugiere con honestidad que tal empresa habría terminado mal parada. Al escribir *El general en su laberinto* como lo hizo, deja en claro que su propósito es otro, algo así como un bolero de Agustín Lara interpretado y popularizado por Rubén Blades, sin que la analogía se proyecte más allá de un tema y una recreación ("...tratando quizás de reconstruir el esplendor de antaño con las cenizas de sus nostalgias" -pág. 81).

Mi lectura, sin embargo, circula por otros canales, menos evidentes —quién sabe—, sujetos a los avatares de otro tipo de ficción: la política. En ese sentido sospecho que *El general en su laberinto* —además de escribirse *desde y contra* el texto de Mutis— recupera, actualiza y pone en movimiento un diálogo subterráneo con otros textos: los de Vargas Llosa. Al respecto habría que exhumar una serie de testimonios escritos, como *La novela en América Latina*, que es la transcripción de un conversatorio público —realizado en Lima en 1967— entre García Márquez y Vargas Llosa². Así también el discurso de aceptación del premio Rómulo Gallegos 1967 por parte del novelista arequipeño, como el de García Márquez en la Academia Sueca³.

De alguna manera, esta lectura no hace sino volver a poner en contacto *aquellos* que durante algún tiempo tuvo lazos afectivos y políticos ("...gloria desbaratada que el viento de la muerte se llevaba en piltrafas" -pág. 114). Pero *no* pretende entrar en las insinuaciones que por sí solas se desprenden, por ejemplo, de la reedición limeña de aquel diálogo del 67 en compañía del discurso del 82 de García Márquez; es decir, *no* iremos por el lado de remachar la aseveración de que sólo una de las posturas estético-políticas se ha mantenido incólume. Únicamente me interesa poner sobre el tapete imaginario esos textos para que otro, un politólogo tal vez, se encargue de picotearlos. La última novela de García Márquez me planteó de inmediato dos mociones casi extraliterarias: